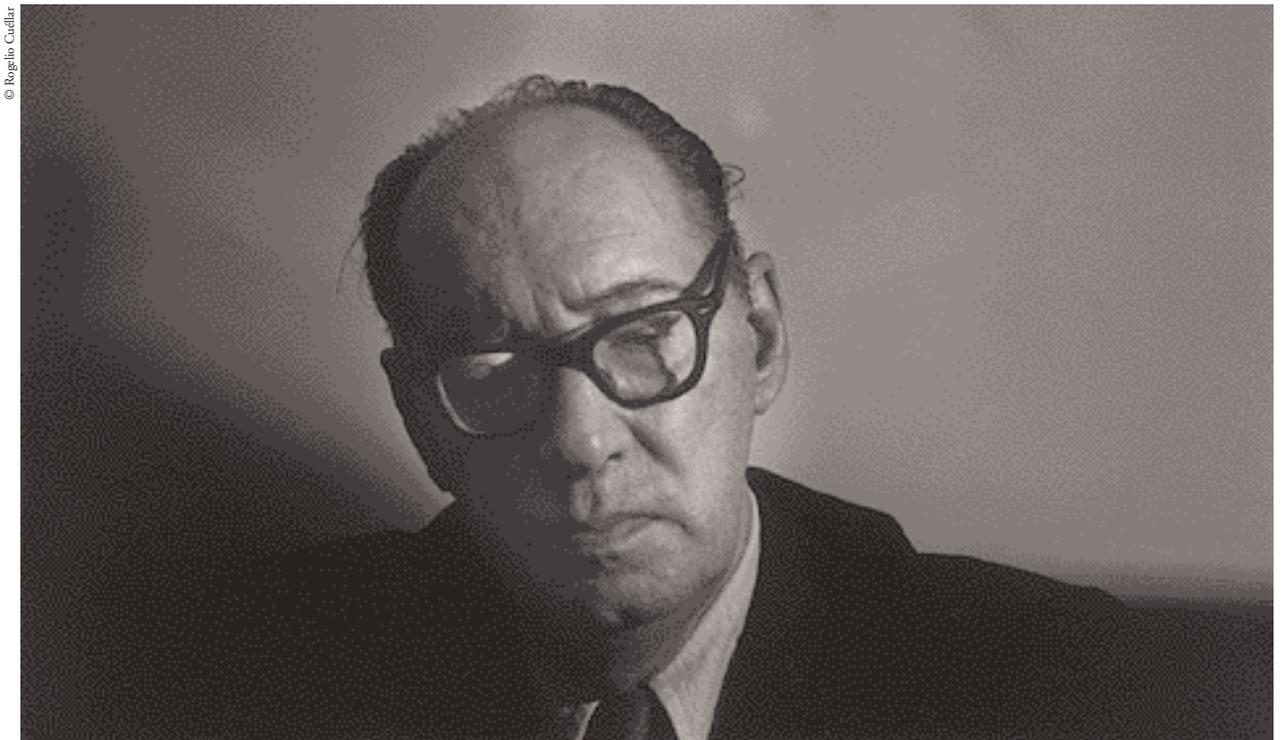


Para esta noche, o tu primer "mexicanada"

Sobre Juan Carlos Onetti

Jorge Ruffinelli

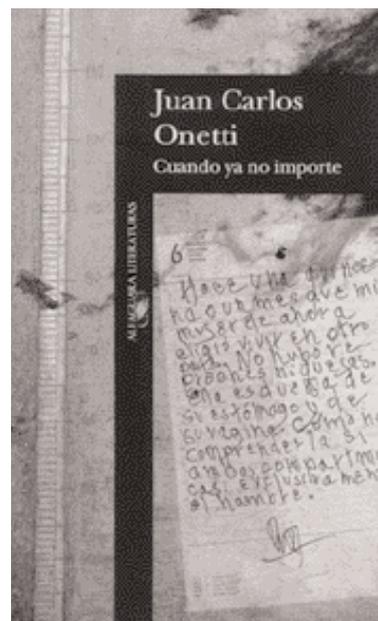
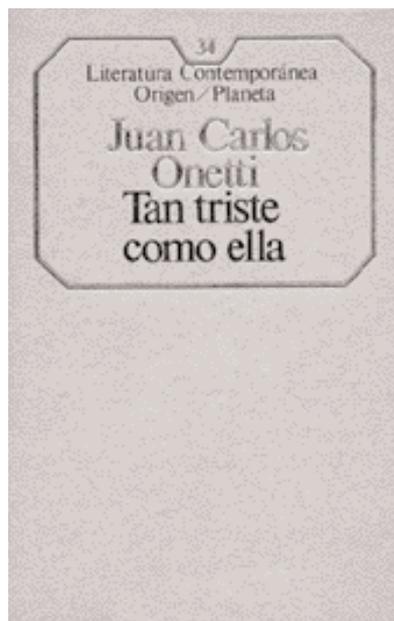
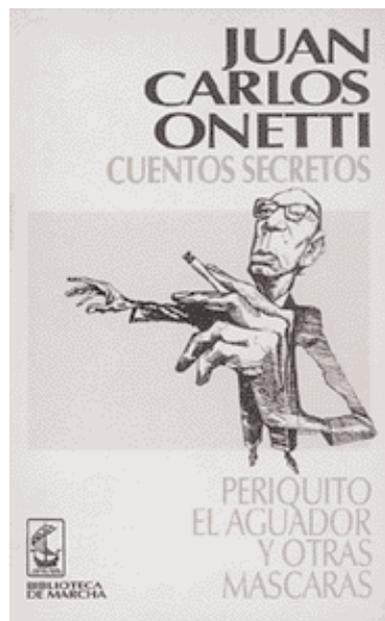


© Rogelio Cuellar

1973. Enrico Cicogna, *traduttore* de *La vida breve* al italiano, viaja a Montevideo para conocer a Juan Carlos Onetti, con quien se carteo abundantemente mientras realizó la traducción. Su admiración por el “Maestro” es inmensa y tal vez por eso no se atreve a presentarse. Su viaje es una peregrinación, y Montevideo un lugar sagrado gracias a la existencia del escritor. Cicogna nunca vio a Onetti. Me busca y ruega que lo acompañe. Ha hablado por teléfono con él, alorado, y Onetti lo ha

citado en las oficinas de la Intendencia donde es Director de Bibliotecas Municipales. Lo acompaño. También Onetti siente curiosidad por este hombre que ha explorado minuciosamente las entrañas de su escritura y durante meses y años ha sido su compañero inseparable en otro idioma.

Onetti está amable, y entretiene con Cicogna el diálogo superficial que puede desarrollarse en una oficina “municipal y espesa”. Nos invita *para esta*



noche. Iremos a cenar con Dolly a un restaurante. Y ante un plato de *spaghetti*, homenaje a la italianidad del visitante y a la composición étnica de muchos uruguayos (aunque no de Onetti, quien se proclama irlandés), tendremos la oportunidad de conversar con más sustancia.

Ésta es la historia de una cena que nunca fue.

Porque las cosas no suceden como uno las planifica, y menos aún si las planifica Onetti.

Onetti y Dolly viven en un apartamento pequeño en Santiago Ramírez, sexto piso. Desde las ventanas del dormitorio se podría ver el mar si no fuera por un horrible edificio, frente al suyo, que se lo impide. A dos cuadras de la rambla, es el lugar ideal para un jubilado que desee hacer su caminata diaria, con el mate y el termo bajo el brazo, mirando el mar. Pero ése no podría nunca ser Onetti. Onetti sólo puede vivir como Oblomov —o como él mismo ha vivido durante las últimas décadas—: postrado en su cama, leyendo de noche, durmiendo de día. Desde abajo, desde un balcón, suben las voces de niños y adolescentes que juegan fútbol; parecen estar dentro de la habitación, tan altas e irritantes suenan sus voces, ante todo en verano cuando en las vacaciones los han dejado a todos escapar de las escuelas.

Llego esa noche a buscar a Juan y a Dolly, con la sorpresa de que el ascensor no funciona pues la luz “se ha ido”. Cosas de un país envejecido, con máquinas herrumbrosas, a imagen y semejanza de *El astillero*.

Los hijos de Guido Castillo han llegado a visitarlo, y nos acompañan a cenar. Los cinco bajamos en plena oscuridad por las escaleras estrechas, insultando a la madre del servicio eléctrico y al universo entero. Vamos a un hotel céntrico para recoger a Enrico, con el firme propósito de volver a la zona elegante de Pocitos. Somos

entonces demasiados para un solo coche, y Onetti y Dolly detienen un taxi, suben y parten. Los seguimos, con ánimo festivo, como actores de una película italiana de los sesenta, tal vez *I Vitelloni*. Sólo que el grupo es atípico: un escritor famoso de sesenta y cuatro años, su mujer veinte años menor, Cicogna frizando los cincuenta, mi mujer y yo al borde de los treinta y dos chicos poco más que adolescentes.

No es difícil seguir a un taxi en la ciudad cuadrículada que es Montevideo. Ya en Pocitos llegamos a una calle pero no es la del restaurante elegido. El taxi se detiene, y nosotros igual, unos metros detrás. Dolly llega caminando a nuestro coche para explicarnos. “Venimos a buscar a N.”, dice con su sonrisa eterna de niña, siempre contenta. “Y aquí vive N.”

Yo conocía a N. La veía con frecuencia. Durante veinte años trabajó en la Intendencia y era la mejor amiga de Onetti. Cuando Dolly salía durante sus temporadas de concierto, o cuando viajaba a Buenos Aires para visitar a su familia, Onetti le quedaba encomendado. Sin embargo, muy pocas veces había visto yo juntas a Dolly y a N. Nunca en una cena, nunca en el apartamento de Santiago Ramírez. Tampoco las vería juntas aquella noche.

De la misma edad que Dolly, N. era más reservada. Dolly siempre fue y es la dueña de su propio dominio: la casa y la vida de Onetti. Había conocido a Onetti aún muy joven, liceal apenas, y su relación con aquel hombre tan mayor provocó encendidas disputas familiares. Dolly nunca quiso contarme cómo conoció a Onetti, pero me dijo que él la veía pasar desde o hacia el colegio. La imagino desgarbada, su pelo rubio, su rostro de ángel. Dolly, el “ignorado perro de la dicha”, fue sin duda la mujer más importante en la vida de Onetti, entre otras cosas porque consiguió la magia de perma-



necer niña, con una pureza notable de pensamiento; una mujer dulce aunque a veces abrupta (ser guardiana de su esposo ante tantos intrusos le había enseñado a serlo), sin dobles intenciones, y con un aspecto físico eternamente juvenil y hermoso. Una vez, en Madrid, le pregunté por aquellos encuentros iniciales con Onetti, y ella sólo me contestó: “No puedo decirte nada. Por aquél”, y señaló con su cabeza el dormitorio en que Onetti aún dormía. “Cuando se despierte le voy a preguntar si puedo contarte.” Aquella promesa no se cumplió. Continuó el antiguo pacto de silencio.

Apenas vislumbramos a N. y Onetti subir al taxi y éste parte. Salimos detrás suyo, Dolly acomodada entre los adolescentes. Desdichadamente lo perdemos. Se han marchado muy rápido, sin avisar.

Entonces regresamos a casa de N. para intentar recoger alguna pista. Nada.

La noche es larga y llena de inquietudes. Inicio la búsqueda por los más dispares restaurantes de la noche de Pocitos y Malvín. Lugar por lugar, preguntamos inútilmente. Las hipótesis disparatadas rondan en nuestras cabezas. N. suele padecer depresión. ¿Y si se trata de un suicidio pactado, un olvido repentino del mundo, la compañía repentina y caballerosa a una mujer deprimida? Todas las hipótesis suenan posibles, ninguna probable.

Cenamos cabizbajos y silenciosos en mi apartamento de Boulevard Artigas. De vez en cuando nos miramos unos a otros con desolación. Dolly llora, mientras sospecha un próximo luto verdadero. Los muchachos se van a casa. Cicogna en el fondo se siente dichoso por participar en una “aventura” que parece un capítulo de *Juntacadáveres*. Tal vez cree que estas cosas suceden todos los días. Yo, el único chofer del grupo, acompaño varias veces a Dolly a su apartamento, y desde la calle miramos las ventanas cerradas y oscuras, seis pisos más arriba, sin deseo alguno de subir las escaleras. No, Juan no ha regresado. Ni a las dos, ni a las tres de la mañana.

Pienso en las personalidades múltiples de Onetti, en los varios personajes que lo encarnan. En el hecho de que a veces —él lo ha confesado—, “habla” con Díaz Grey y Larsen. Onetti es una mezcla de ambos. Como Larsen, un “antiburgués en dos patas”.

Cerca de la madrugada, rendidos ante la espera incierta, avergonzados por la sola idea de llamar y preguntar en hospitales pues el drama sólo está en la imaginación, Dolly decide volver a su apartamento y esperar allí. Dejamos a Cicogna en el hotel y yo acompaño a Dolly.

Subimos a tuntas los seis pisos, y ya arriba, Dolly abre de par en par las ventanas del dormitorio, y se sienta junto al pretil, mirando hacia la calle. El ruido de los pocos coches que pasan a esa hora nos sobresalta. Cualquiera de ellos puede traer a Onetti a casa.

Yo me tiendo en la cama de Onetti, con menos intención de dormir que de imaginar aquella vida sedentaria, aquel cuerpo delgado que alguna vez había sido joven y apuesto, que reposa sobre esa misma cama durante la mayor parte del día y de la noche, durante años y años. Alguna vez Onetti me había mostrado, en esa cama, las llagas de sus piernas, cuando los problemas

Yo me tiendo en la cama de Onetti,
con menos intención de dormir que de imaginar
aquella vida sedentaria, aquel cuerpo delgado
que alguna vez había sido joven y apuesto...



Juan Carlos Onetti con Juan José Arreola

de nutrición y de circulación le minaban el organismo. Después, cuando Dolly me asegura que está bien, regreso a mi casa.

La historia tiene una conclusión. Onetti vuelve más tarde, esa misma mañana. Dolly me llama por teléfono y me dice que Juan ya regresó. Que yo vaya cuando pueda. Unos minutos más tarde, Juan me abre la puerta del apartamento, y Dolly le pide que me cuente. Y que se disculpe. Onetti no se disculpa. Nadie en este mundo puede pedirle al más grande escritor uruguayo, uno de los verdaderamente grandes del siglo, que se disculpe por haber vivido su novela —aunque hubiese sido una mala novela. Onetti seguía sintiéndose su propio personaje. Y me cuenta. Habían cenado, él y N., en cualquier lugar, y él la había asistido y acompañado en una de sus depresiones existenciales. Luego se habían metido en un hotel de paso. Allí, en plena noche, llega la policía a revisar y pedir documentos. Juan está feliz como un chico: estaba viviendo una aventura con policías y todo. Estaba participando en la atmósfera paranoica de *La vida breve*, había escapado, como sus personajes, hacia el territorio de su imaginación. Había estado durante algunas horas en aquel territorio, y la llegada de la policía, dos hombres de aspecto siniestro, embozados en sus gabardinas, estaba enmarcada por la realidad que, como sabemos, imita a la literatura (de Onetti).

La otra conclusión fue más personal. Una semana más tarde yo me marcharía a México, contratado por la Universidad Veracruzana. Onetti aceptó almorzar en mi apartamento. Cicogna al fin tendría su día. En un aparte, con tono majadero, le dije a Onetti, como si me largara a imitar a Jorge Malabia:

—Siempre te hablé de *usted*, pero después de lo que nos hiciste pasar anoche, no puedo menos que empezar a tutearte.

Dudé un poco y luego me atreví:

—Además... anoche me acosté en tu cama.

Onetti achicó los ojos, como midiéndome, y contestó aplastante:

—Lo que me acabás de decir es tu primer “mexicana”. **U**

